

SEÑALES

Lope de Vega

□ España ha celebrado el tercer centenario de la muerte del Fénix de los Ingenios. Todavía no terminan los actos conmemorativos, que alguien, con cierta autoridad, ha calificado de pobres. No tiene nada de extraño, dada la efervescencia política, (no por callada momentáneamente, menos burbujeante en el soterráneo), que vive la patria del poeta. Sin embargo, estos actos conmemorativos han sido mucho más importantes que los que se rindieron en homenajes, también centenarios, a Cervantes en 1905 y a Calderón en 1881. Parece como si la sensibilidad española, que en tiempos de estos citados recuerdos estaba bastante alejada de todo interés por la historia y por lo clásico, volviera ahora con mayor curiosidad la vista al pasado glorioso.

Suena a consuetudinario, por culpa de los oradores hebeños, eso de «pasado glorioso». Es una de tantas fórmulas echadas a perder por gusto, pero que requieren una regeneración. La celebración relativa a Cervantes se anduvo más en ceremonias académicas de cierta oquedad y en colgaduras monumentales, que en una vuelta al gusto y comprensión del Quijote, lo cual hubiera sido mucho más conveniente. Tras ello, mucho se ha dicho sobre estas resurrecciones literarias. Giménez Caballero, hoy líder de las asociaciones patronales y adalid de una reacción desesperada, trató de convencer a los españoles de que era menester matar al Quijote.

Hoy día no se ciñen a tales procedimientos. Los homenajes

a Lope han sido, realmente, un poco desproporcionados (por su pequeñez) a los merecimientos del genio literario. Pero se ha podido notar una mayor elevación de comentarios, más interés por la figura del rememorado. Las ediciones de sus obras se han reproducido y en el teatro se han representado sus comedias. Claro está que muy exiguamente, porque estas representaciones no debían limitarse a unos días, sino seguir adelante con el empuje oportuno. Lope debía ser representado constantemente; quizás con ello se le pondría una inyección de fuerza al desmeдрado teatro español, que cada día se ciñe más a las astracadas de Muñoz Seca, cuando no a los éxitos circunstanciales y oportunos como el famoso y pronto olvidado de «El Divino Impaciente». La política tiene que arrebatarse en esferas que no son suyas, la atención de la gente; es un fenómeno natural; pero bueno hubiera sido que se luchara un poco por no abandonar el espíritu y el verdadero valor de la tradición. De la tradición bien entendida, vista desde nuestro tiempo y sin ganas de volver a lo viejo, vestidos de golilla y gregüescos.

Seguramente el Centenario de Lope de Vega ha producido también, con las ansias de oportunismo político, algo de combate. Cada uno de los bandos habrá interpretado la tradición a su manera y algunos se habrán atrevido a despreciarla. Empero, este centenario ha sido una prueba más de que el espíritu naciente en España, todavía no consolidado, por causa de inevitables vueltas y retrocesos, no desprecia el antiguo haber de grandezas ni se mete a considerarlas como cosas olvidadas. Con un alarde de novedad y de avance, España, en la persona de sus más representativos hombres, de aquéllos que precisamente son más tachados de antitradición, sabe que no hay que volverse de espaldas a la grandeza del Siglo de Oro. Sin alardes mojigatos, ni saltos atrás en el pensamiento, ha honrado a uno de los más grandes individuos de su historia.

Para los americanos, Lope es algo que pertenece a la propia historia de estas tierras hoy emancipadas, entonces en con-

tacto con la metrópoli literaria, Quizás el último amor de Lope de Vega fué aquella deliciosa poetisa peruana, que con Juana de Asbaje forma la pareja más considerable de las poetisas españolas hasta Rosalía de Castro: Amarilis, probablemente doña María de Alvarado, natural de Huánuco y autora de una epístola a Belardo (Lope), que vale por sí sola la inclusión del nombre de la autora en lo más florido del parnaso clásico español.

Alfred Dreyfus

□ «El 15 de octubre de 1894—dice la Historia de Francia Contemporánea, de Larousse—era arrestado en el Ministerio de la Guerra, un capitán de artillería inculpado de alta traición. Alfredo Dreyfus, nacido en Mulhouse el 9 de octubre de 1859, había conservado la nacionalidad francesa por haber optado su padre por ésta al desmembrarse la región después de la guerra franco-prusiana. Antiguo alumno de la Escuela Politécnica, capitán de artillería en 1889, salido de la Escuela de Guerra en 1892 con la calificación de «muy bien», estaba, desde 1893 incorporado al 14 de artillería y destacado como estagiario en el Estado Mayor General. . . . ».

He aquí una figura—que acaba de morir, con el grado de coronel, en un rincón olvidado de Francia—alrededor de la cual giró toda la opinión del mundo durante varios años y que conmovió con fuerza temible a la Tercera República, tanto como Panamá y Boulanger y más aún, por la lucha que trajo consigo.

La historia de Dreyfus es sobrado conocida para intentar narrarla parte por parte. Baste recordar cómo su detención obedeció a una denuncia llegada al Ministerio de la Guerra, por la cual se atribuyó a Dreyfus un crimen que él negó, sin atreverse a decir cosas rotundas, y que le valió un destierro, varias condenas sucesivas, la degradación y la vergüenza. La figura de Zola, surgió después como acusadora de la trailla de magistrados y jueces, de periodistas y políticos que llevados por el odio